

# La razón narrativa: apuntes de psiquiatría y narrativa

Daniel Matusevich

*Médico Psiquiatra  
Servicio de Psiquiatría del Hospital Italiano de Buenos Aires (HIBA)*

*“El personaje de Moses Herzog, laberinto de contradicciones y autoescisión: hombre salvaje y persona seria dotada de un ‘sentido bíblico de la experiencia personal’ y de una inocencia tan fenomenal como su refinamiento, intenso pero pasivo, reflexivo pero impulsivo, cuerdo pero loco, afectivo, complicado, experto en dolor vibrante de sentimiento y, no obstante, de una sencillez que desarma, payaso en su venganza y cólera, tonto en quien el odio genera comedia, sabio y enterado erudito en un mundo traidor...”*

Philip Roth<sup>1</sup> (1)

## Introducción (que no introduce)<sup>2</sup>

“Lo que me interesa es la intersección de ciertas vidas individuales con el período y las circunstancias en que les tocó vivir. Y lo que esas vidas nos dicen a nosotros, a los lectores y a mí. Sea un cantante de boleros, un sobreviviente de campos de concentración, una princesa que fue a ver a Freud porque no alcanzaba el orgasmo o un patólogo que lleva en su auto el cerebro de Einstein en

un *tupperware*. En el fondo, siempre escribimos historias para entender qué nos cuentan exactamente.”

Partiendo de esta cita de Juan Forn (y otras que iremos insertando a lo largo de este artículo), obtenida de una entrevista que le realice José Heinz en el año 2015 (2), nos planteamos reflexionar acerca de los puntos de intersección que puedan llegar a existir entre las narra-

---

### Resumen

En esta presentación desarrollaremos algunas ideas en torno a las relaciones posibles entre las narraciones literarias y la psiquiatría. Para llevar adelante dicha tarea analizaremos la obra de algunos autores (Vila Matas, Guerriero, Kleinman, Franzen y otros) con el objeto de instalar una reflexión acerca del momento actual que está atravesando la psiquiatría y la medicina toda.

**Palabras clave:** Narración - Psiquiatría - Vila Matas - Franzen - Guerriero.

PSYCHIATRY AND NARRATION

### Abstract

In this presentation we will develop some ideas about possible relationships between literary narratives and psychiatry. To carry out this task we will analyze the work of some authors (Vila Matas, Guerriero, Kleinman, Franzen and others) in order to share a reflection on the current situation of psychiatry and medicine.

**Keywords:** Narration - Psychiatry - Vila Matas - Franzen - Guerriero.

---

<sup>1</sup> Esta descripción del gran personaje de Saúl Bellow hecha por Philip Roth nos introduce apropiadamente en el mundo de las historias, de los relatos, de las crónicas y de los vislumbres que la literatura ofrece al universo de la medicina en general y al de la psiquiatría en particular.

<sup>2</sup> Este trabajo jamás hubiera visto la luz de no mediar la inestimable colaboración de Emilio Vaschetto, Daniel Abadi, Martín Nemirovsky, Aldo Conti, Leandro Morone, Fabián Triskier y Santiago Levin; los hipotéticos aciertos se deben a la atenta lectura y a los aportes de los mismos. Los desaciertos son todos obra del autor.

ciones y una cierta psiquiatría, teniendo en cuenta que no existe un solo saber psiquiátrico, sino varios, con múltiples influencias y muy difíciles de rastrear en algunos casos. Aquí haremos referencia a aquella psiquiatría influenciada por una mirada antropológica, filosófica y analítica en un sentido amplio, que permanentemente se pregunta por el sentido del ser al mismo tiempo que reflexiona acerca del sentido de su práctica<sup>3</sup> (3), única manera en que es posible trascenderla y pasar al campo de la significación teórica<sup>4</sup>.

Cabe preguntarse, en el contexto actual, adónde fueron a parar las historias en nuestra especialidad, dónde quedaron las narraciones, las aventuras de los pacientes, los increíbles historiales de Freud (recordemos que ganó un premio Goethe), los anales de Binswanger o del impar Jaspers; una pista para pensar esta cuestión la podemos encontrar en la progresiva separación, que se vislumbra inexorable, entre las ciencias sociales y la psiquiatría. Quizás tenga alguna significación recordar aquí que las mejores historias de pacientes en los últimos veinte años no fueron escritas por psiquiatras precisamente, sino que fue un neurólogo, Oliver Sacks, quien nos permitió acceder a los maravillosos mundos de sus pacientes a través de sus incomparables crónicas<sup>5</sup>.

En el año 2012 nos preguntábamos con Norberto Conti (4), en estas mismas páginas, acerca de las relaciones entre las ciencias sociales y nuestra especialidad, llamándonos poderosamente la atención que a finales de siglo XIX y comienzos del XX muchos de los padres fundadores de la antropología, la sociología y la psicología habían sido médicos: Broca y Virchow contribuyeron significativamente al desarrollo de la naciente antropología. Psiquiatras como Kraepelin, Freud, Meyer, Lewis, Jaspers y Sullivan realizaban comparaciones culturales de manera casi permanente en sus respectivas obras; antropólogos como Kroeber en los Estados Unidos, Lévi Strauss y Levi Bruhl en Francia y Malinowski en Inglaterra estaban al tanto de

los avances que se producían tanto en psiquiatría como en psicoanálisis; sin duda un caso particular lo constituyó George Devereux, ya que él mismo era analista.

Mencionamos estos antecedentes simplemente para que nos formulemos la pregunta acerca de por qué, si los comienzos fueron tan prometedores, las ciencias sociales ocupan hoy un lugar de marginalidad absoluta en el universo psiquiátrico. Sin dudas podemos pensar diferentes y variados tipos de respuestas a esta pregunta, Kleinman<sup>6</sup> propone que, dado que las ciencias sociales no son consideradas ciencias, no al menos en la forma en que las ciencias biológicas lo son, se produce un sesgo a la hora de considerar sus aportes por parte del colectivo psiquiátrico, atrapado en preocupaciones e intervenciones de neto corte estadístico, positivista y con un importante componente de gerenciamiento (6).

Mientras la psiquiatría avanza en esta dirección, se produce otro fenómeno que vale la pena considerar: la medicina de familia, aquellos que se ocupan de realizar atención primaria y la pediatría están ya hace varios años introduciendo elementos provenientes de las ciencias sociales y de la narración en su comprensión de los pacientes. Las historias de vida de las personas que sufren han dejado de ser patrimonio de nuestra especialidad (mejor dicho, han sido abandonadas por ella) para pasar a iluminar las prácticas de otros profesionales. En los Estados Unidos y en gran cantidad de países de Europa las escuelas de medicina psiquiátrica no ofrecen prácticamente ninguna preparación a los residentes en relación con las variables sociales y antropológicas; en nuestro país son muy pocos los que enseñan a leer, a escribir o a analizar un texto en las residencias y en los espacios de formación de los jóvenes médicos. Es un saber que se transmite de manera anárquica en los hospitales, quedando en manos, en la mayoría de los casos, de profesionales inexpertos debido a que no se le asigna un valor especial a la hora de imaginar los currículos de aprendizaje<sup>7</sup>.

<sup>3</sup> La reflexión acerca del sentido de la práctica se intenta emparentar con algunas de las elucubraciones propuestas por Peter Bogdanovich, tanto en algunas de sus películas como en sus escritos y reportajes. Marcelo Stiletano plantea que "... Bogdanovich se esfuerza por decirnos que todo lo que estamos viendo tiene detrás un riquísimo acervo y que para entenderlo y disfrutarlo en plenitud debemos zambullirnos en ese mundo de recuerdos, mitos y sueños". El futuro de nuestra práctica y su sentido sin duda tienen una precuela frente a la cual no conviene hacerse el distraído, es necesario revisarla detalladamente con el objeto de intentar soslayar, en la medida de lo posible, ingenuidades epistemológicas.

<sup>4</sup> Aclaremos aquí que el recorrido planteado en estas páginas se aleja de la propuesta canónica para acercarse al intento de compartir un derrotero personal y subjetivo acerca de la intersección entre dos mundos, narración y psiquiatría. Por consiguiente, no se espere método y coherencia sino más bien un viaje a través de la "clínica del arte de leer", teniendo como bitácora aquella frase de *El último lector*, de Ricardo Piglia (5): "En la clínica del arte de leer, no siempre el que tiene mejor vista lee mejor". Para graficar lo expuesto en este apartado invitamos al lector a comparar el recorrido de este texto con el que sigue, propuesto por el que quizás sea el más reputado supervisor de residencias psiquiátricas en la ciudad de Buenos Aires y en algunas provincias argentinas: "Un libro te va llevando al otro, una amistad, un amor, te señalan otro camino. Hay lectores insaciables, que leen un libro por día. Hay lectores más lentos, que saborean palabras y van haciendo anotaciones; mi recorrido está marcado por la biblioteca que tuve al alcance en la adolescencia. He leído varias veces (decenas) la poesía de Borges, por ejemplo el libro *La cifra*. Máximo Gorki, León Tolstói, Flaubert (creo que fue leyendo *Mme. Bovary* que decidí ser psiquiatra), ¡Chejov! (llevaba en mi mochila el cuento *La sala número 6* cuando llegué por primera vez al 25-A, mucho antes de Conti, y había a la entrada una chapita que decía "sala N° 6" y casi me caigo de culo".

<sup>5</sup> Por ejemplo, ver Sacks Oliver: *El hombre que confundió a su mujer con un sombrero, Un antropólogo en Marte, Alucinaciones*, etc., etc.

<sup>6</sup> Arthur Kleinman nació en Nueva York en 1941; es médico psiquiatra, profesor de antropología médica y de psiquiatría transcultural. A pesar de haber desarrollado una obra impar que cabalga entre la psiquiatría y la antropología, no ha sido traducido al idioma de Cervantes. Merecen especial mención los trabajos culturales escritos en colaboración con su mujer Joan, donde se mezclan Oriente y Occidente gracias a su trabajo en la China milenaria y *Rethinking Psychiatry*, quizás uno de los textos epistemológicos más importantes de la historia de nuestra especialidad.

<sup>7</sup> Javier Marías se interroga, en un sentido general: "... podríamos preguntarnos por qué seguimos escribiendo novelas y poesías y dramas y ensayos después de la interminable lista de obras maestras que nos precede, en las que todo parece estar contenido y expresado y dicho y pensado. Los múltiples agoreros de nuestro tiempo exclaman una y otra vez: 'La novela ha muerto. La literatura ha muerto. No hay nada más que añadir. Todo está inventado. Más vale callarse', como si tuvieran grandes deseos de que en efecto fuera así, de que ya no hubiera más textos ni más historias ni más reflexiones. A esos agoreros tradicionales se unen las voces que hipócritamente culpan a los nuevos y no tan nuevos modos de entretenimiento (desde la televisión hasta internet, supongo, aunque nunca he tenido un ordenador en las manos e ignoro si son tan entretenidos) de estar desplazando y arriñonando y acabando con la literatura" (7). Martín Nemirowsky propone agudamente que quizás sea posible que aquellos que eligen hoy el camino de la psiquiatría ya no sean lectores, que tal vez lo hagan deslumbrados por el brillo de las neurociencias y sus supuestas posibilidades y no por el de las historias, como alguna vez supo suceder. Quizás tenga cierta significación recordar aquí que el lugar elegido por la mayoría de los residentes argentinos para continuar o complementar su formación hospitalaria es la Maestría en Psicofármacos que se dicta en la Universidad Favaloro.

Kleinman plantea agudamente que existe una falsa creencia muy difundida según la cual los conocimientos requeridos por el psiquiatra en torno a las ciencias sociales pueden ser adquiridos de manera intuitiva por el médico sensible y atento a estas cuestiones (6). Por otro lado, es muy difícil encontrar maestros en la clínica que sean expertos en ciencias sociales y en literatura, mientras que aquellos expertos en farmacología están a la orden del día. Es atractivo pensar la antropología como una “ciencia incomoda” debido a que permanentemente cuestiona las aseveraciones provenientes del sentido común y exige una preparación que va mucho más allá del paradigma biomédico. Dicho paradigma deberá ser complementado con cuestiones éticas, políticas, históricas, filosóficas, culturales, humanísticas variadas y muchas otras, constituyendo un arco iris de opciones de enorme complejidad que desafía la tranquilidad de las concepciones hegemónicas.

Quizás este menú ya no seduzca tanto a las jóvenes generaciones como sí lo hacía veinte años atrás; tal vez los cantos de sirena que hace sonar el neopositivismo con su estándar clínico representado por el DSM, la genética molecular, la psiconeuroinmunoendocrinología, la tecnología en sus diversas acepciones y los diagnósticos tecno-científicos cautiven y embelesan a los nuevos psiquiatras como antes lo hacían las historias y los relatos de los pacientes.

Como dice Juan Forn, vidas vividas, períodos y circunstancias, escribir para comprender, no estamos tan lejos los psiquiatras y los cronistas narrativos, agregaríamos nosotros escribir para comprender y también para acompañar y para intentar ayudar a aquellos que sufren en sus atribulados tránsitos vitales. Vale aquí entonces la advertencia que el genial Ryszard Kapuzinski les hacía a sus alumnos de periodismo: él decía que “por cada página que uno escribe debería leer doscientas” (8), sabia admonición que inevitablemente nos plantea el lado oscuro de la cuestión, que es precisamente preguntarnos por las lecturas de aquellos que deben escribir las historias de los otros, ya sean médicos o periodistas; leer y escribir son como Batman y Robin, Simon y Garfunkel, Floria Tosca y Mario Cavarozzi: imposible imaginar a uno sin el otro como acompañante perpetuo.

Veamos entonces si algunas ideas de aquellos que se dedican a contar historias pueden tener alguna aplicación en el convulsionado mundo de la psiquiatría actual; la idea de recurrir al periodismo literario (y a la literatura toda) es un intento de apertura a nuevos paradigmas en un momento de crisis en el que las escuelas de psicoanálisis ven con alarma cómo sus filas ralean cada vez más y en el que los espacios dedicados a la enseñanza de las

psicoterapias manualizadas tampoco rebosan de público. De todas formas tampoco estamos demasiado seguros de que en esos espacios se transmita el amor hacia las historias, más bien son lugares de enseñanza de habilidades técnicas para ser aplicadas sobre determinados síntomas o determinados modelos de sufrimiento, llegando a hacer abstracción incluso del contexto vital del paciente, o teniéndolo en cuenta pero no historizándolo<sup>8</sup>. Se trata entonces de pensar una cierta psiquiatría en la sociedad del espectáculo, donde la vida se desarrolla en un contexto de gran mediocridad, donde tomar riesgos en la manera de pensar es considerado casi un sacrilegio y donde intentar hacer las cosas en forma distinta puede conducir al exilio intelectual<sup>9</sup> (9).

### Periodismo narrativo y vida narrativa<sup>10</sup>

Para escribir las líneas que siguen me inspiré en una nota publicada por Leila Guerriero en la revista del diario *El Mercurio* (sábado) en el año 2012; más cercanamente en el tiempo, el mismo artículo aparece como capítulo en un libro publicado por editorial Anagrama, *Zona de obras*, hace apenas unos meses (10). Leila es periodista, pero no una periodista cualquiera, es la editora de la revista cultural *El Gatopardo* y algunas de sus crónicas dieron la vuelta al mundo. Tuve la suerte de entrevistarla hace 10 años junto con mi amigo Fabián Triskier con motivo de la aparición de una de sus crónicas más impresionantes, en formato libro, publicada por Tusquets; me estoy refiriendo precisamente a *Los suicidas del fin del mundo*, el texto más complejo, sensible y profundo que se haya publicado en Latinoamérica con respecto al tema, un punto de referencia más que obligado para cualquiera interesado en este modelo de muerte<sup>11</sup> (11). Es sorprendente que la obra más importante acerca del suicidio en nuestro país no haya sido escrita por un psicólogo o un médico, sino por una escritora (a pesar de que ella prefiera que no le digan escritora), hecho que continúa poniendo en el centro de la escena las relaciones entre las narraciones y nuestra especialidad; nuestra hipótesis es que nos permite entender mucho más acerca del drama inherente al suicidio y sus circunstancias la aproximación literaria propuesta por nuestra autora que cualquier propuesta plasmada en un libro de texto acerca del tema.

Esta mirada, en el mejor de los casos, nos aportará valiosa información pero estará muy lejos de aquello que plantea la propia Guerriero cuando analiza la masacre de José León Suárez contada por Rodolfo Walsh en el texto que quizás fundó el periodismo narrativo en nuestro país, *Ope-*

<sup>8</sup> El espíritu de la propuesta fue definido por Santiago Levin con la simpleza y profundidad que lo caracterizan: “... tu lector (o lectora) se tienen que sentir invitados, no regañados. Invitado a los bordes, a los márgenes de la psiquiatría narrativa. Allí los esperamos con un mate si es de tarde, o con un vino si es de noche”. Invitados a un recorrido que puede sonar a travesía post-psicopatológica, veremos...

<sup>9</sup> Lo de la sociedad del espectáculo no es nuevo, solo que el espectáculo va cambiando; en 1934 Aldous Huxley escribía, irónico como siempre, que “... la lectura, que debería ser el alimento del alma, ha sido degradada a una droga espiritual. Si los políticos utilizaran un poco la razón, añadirían periódicos y revistas a la lista de intoxicantes degradantes, cuyo tráfico debería ser prohibido o al menos estrictamente controlado”.

<sup>10</sup> Veamos la definición que Leila Guerriero da de periodismo narrativo: “... que el periodismo narrativo es muchas cosas pero es, ante todo, una mirada -ver, en lo que todos miran, algo que no todos ven- y una certeza: la certeza de creer que no da igual contar la historia de cualquier manera”.

<sup>11</sup> *Los suicidas del fin del mundo*, Tusquets, Buenos Aires,...VERTEX, Volumen XVII N°70, Noviembre/Diciembre 2006, “El Combo del horror”, Reportaje a Leila Guerriero, Daniel Matusevich, Fabián Triskier.

*ración Masacre*: “¿Y si Walsh, en vez de escribir eso, hubiera escrito así: ‘Uno de los sobrevivientes de la masacre de José León Suárez le contó a este periodista que pudo salvarse gracias a que fingió estar muerto?’ ¿Sentirían ustedes el jadeo metálico del miedo, podrían imaginar el olor a tierra, el empujón del vómito? Walsh no escribió así para pavonearse de lo que podía hacer con el idioma. Escribió como escribió porque quería producir un efecto. Quería que, en la tranquilidad mullida de su sala, un lector se topara con esa realidad y que esa realidad le resultara insoportable. Que entendiera que habían sido hombres que una hora antes comían milanesas –y no héroes, y no martirizados por la patria– quienes poco después mordían el polvo y se meaban de miedo en un baldío de José León Suárez. Gente como yo, gente como ustedes. Gente común en circunstancias absolutamente extraordinarias.” (10).

Este párrafo condensa de manera más que exacta y adecuada el espíritu con el que fue plasmado *Los suicidas del fin del mundo*, y ese es el espíritu con el que, creemos nosotros, deberían ser escritas las historias, con un ojo apuntando al detalle y con el otro a tratar de captar las emociones y las (increíbles) vivencias de nuestros pacientes; los caminos de la biologización que atraviesa la psiquiatría parecerían estar haciendo desaparecer la magia de los relatos, transformados en información y completamente alejados del “giro literario” propuesto por Mainetti y Mainetti, quienes afirman que “los seres humanos somos un género literario y una especie narrativa... el conocimiento médico es en esencia narrativo y su expresión protocolaria la historia clínica” (12). Parfraseando a estos mismos autores, si la ficción es a la realidad como los sueños a la vida cotidiana, la psiquiatría necesita de las narraciones para explorar el misterio de la existencia humana en las experiencias de salud, enfermedad, la vida y la muerte.

En esta línea me gustaría plantear aquí un elemento clave que creo no puede ser soslayado en este camino, propuesto por el singular Javier Marías en una conferencia dada en Dortmund en el ya lejano 1997, donde el autor sostenía de manera enfática que “... la literatura es también una forma de pensamiento, y una de las principales, y no creo que a eso pueda renunciar el mundo, sobre todo porque ese pensar literario –en forma de narraciones o historias o de versos o de diálogos y monólogos– nos viene acompañando desde hace demasiados siglos. Hay cosas que sabemos sólo porque la literatura nos las ha mostrado, o nos ha permitido tomar conciencia de ellas y reconocerlas. Hay saberes e intuiciones que no son expresables o no se manifiestan en un lenguaje exclusivamente racional: ni técnico ni filosófico ni económico ni científico ni religioso ni desde luego político ni tan siquiera psicológico... hay una enorme zona de sombra en la que solo la literatura y las artes en general penetran; seguramente, como dijo mi maestro Juan Benet, no para iluminarla y esclarecerla, sino para per-

cibir su inmensidad y su complejidad al encender una pobre cerilla que al menos nos permite ver que está ahí, esa zona, y no olvidarla” (13); pensar literariamente e indagar en nuestras sombras como recursos fundamentales para entendernos mejor a nosotros mismos y por consiguiente para intentar comprender el mundo de nuestros pacientes a través de las narraciones construidas a partir de la vida de ellos aparece como un mojón irremplazable en el camino del arte de curar entendido como “una epifanía filosófica, contribuyendo a la exploración de sus dimensiones antropológicas, epistemológicas y axiológicas” (12).

En un taller de periodismo (imaginemos una situación análoga en un encuentro de jóvenes o no tan jóvenes psiquiatras en formación), Leila Guerriero, después de registrar con una cierta estupefacción que la frase “Todas las familias felices se parecen, pero las infelices lo son cada una a su manera” es tomada por un “buen aforismo”, les pregunta a los participantes acerca de qué leen. Las respuestas fueron las que siguen: “... revistas, el diario, libros de periodismo de investigación... y así...” (10). Frente a la misma pregunta, en un taller de psiquiatría imaginario, las respuestas que obtendríamos tampoco variarían mucho, reemplazando libros de periodismo de investigación por el Kaplan, el Jufe, publicidades de la industria farmacéutica o el Wikinski. La que sigue es la transcripción textual de cómo progresa el artículo: “... no me asombro porque suelen ser parecidas en casi todas partes, pero yo, por las dudas, casi siempre insisto. ¿Saben quién es Richard Ford? No. ¿Dostoievski? Sí (pero no lo han leído). ¿Houellebecq que podría interesarles por retorcido? No (y suelen no saber quién es). ¿El diario de Cesare Pavese, cuando eran jóvenes y morían de amor? Ni idea. ¿Contemporáneos absolutos: Tyler, Franzen, Moore? Lo mismo podrían ser marcas de anti-inflamatorios. Los más enterados conocen a Salinger, a Cheever, a Bukowski y los presumen como si los hubieran descubierto. Y es raro porque, si uno escribe, el más perogrullesco de los axiomas manda que es porque ha empezado por leer. Puede fallar, claro. Y, de hecho, falla. Porque muchos periodistas (al menos de los que hacen periodismo escrito: quizás los periodistas de televisión lean muchísimo) no leen. O leen el diario, las revistas, los libros de periodismo de investigación. Pero no novelas, pero no cuentos, pero no poesía...”.

Retomando lo que planteábamos en el comienzo de este trabajo, es un malentendido de proporciones épicas creer que se pueden escuchar y escribir historias de pacientes sin leer o leyendo de manera errática y asistemática algunos textos o leyendo manuales de psiquiatría biológica<sup>12</sup>; esta tergiversación es fenomenal ya que en los programas de estudios de las carreras de especialistas no se incluyen planes de lectura de ficción, de poesía, de análisis de lenguajes narrativos, etc., desconociendo algo

<sup>12</sup> En la misma línea, Martín Caparrós (14) sostiene: “Me sorprenden personas que quieren ser periodistas y no leen: como un aprendiz de pianista que se jactara de no escuchar música. No se puede escribir sin haber leído demasiado; no se puede pensar -entender, organizar, hablar- sin haber leído demasiado”. Para pensar mejor esta cita podemos realizar el ejercicio de reemplazar la palabra periodista por psiquiatra, casi seguro las resonancias van a ser semejantes.

tan evidente como que ningún oficio creativo es endogámico (y la psiquiatría es una complicada mezcla de oficio y profesión). Leer ficción, entre otras cosas, adiestra el oído, desarrolla el sentido del ritmo, ayuda a encontrar un estilo propio, produce humildad, fortalece el buen gusto y permite entender que la pólvora la inventaron los chinos hace aproximadamente mil años.

Volviendo a Leila Guerriero, ella misma afirma que "... no creo en las crónicas cuyo lenguaje no abreve en la poesía, en el cine, en la música, en las novelas. En el comic y en Sor Juana Inés de la Cruz. En Cheever y en Quevedo, en David Lynch y en Wong Kar-wai, en Koudelka y en Cartier-Bresson. No creo que valga la pena leerlas, no creo que valga la pena escribirlas y no creo que valga la pena publicarlas. Porque no creo en las crónicas que no tengan fe en lo que son: una forma del arte". A la historia clínica, pensada como una de las formas del arte, le cabrían las mismas prevenciones que a la crónica, sin duda; un listado de signos y síntomas carente de alma y de espíritu está totalmente incapacitado para transmitirnos una vida. Y de eso se trata, de capturar vidas, la de nuestros pacientes, y para eso es necesario "... preguntar como quien no sabe, esperar como quien tiene tiempo y estar allí como quien no está"<sup>13</sup> (10).

Guillermo Martínez contribuye al equívoco entre narración, historias e historia clínica cuando haciendo referencia a las características que más valora de un texto propone "... la originalidad de imaginación. Es decir, y para volver al principio, la facultad de un texto de revelarnos algo del mundo que no sabíamos, de alzar otro mundo en el mundo, de darnos una nueva forma de ver y de percibir, de hacernos parte de algo que no hubiéramos podido aprender con ninguna de nuestras otras facultades intelectuales, algo que existe y convence y se sostiene sutilmente suspendido en el aire por imperio de conexiones que no son puramente lógicas ni culturales ni materiales, en ese acto de ilusionismo antiguo y siempre renovado, de asombro consentido, que todavía ocurre algunas veces cuando abrimos un libro" (15). Las historias y relatos de nuestros pacientes son la única vía posible de acceso al mundo de los mismos, no estamos en condiciones ni humanas ni epistemológicas de rechazar esta posibilidad porque, precisamente, quizás sea la única oportunidad de conexión (real) que tendremos en tiempos donde la comunicación ha sido reemplazada por el ruido y donde asistimos a un festival de falta de respeto (promovido por la anomia digital), de predominio de lo banal, de falta de compromiso y de austeridad ideativa cuyo signo no es otro que acallar al pensamiento creativo y original<sup>14</sup> (16).

Por todo esto soy capaz de comprender (al menos parcialmente) que un traumatólogo, un oftalmólogo o un proctólogo<sup>15</sup>, por así decir, no se interesen en estos menesteres; pero me cuesta mucho aceptar que alguien dedicado a escuchar y a escribir historias sienta escaso o nulo interés por leer a aquellos que pueden abrirnos nuevos mundos de significación. Interesarse en escuchar y en escribir y no leer es un contrasentido, es como ser psiquiatra o psicólogo y no tener ninguna curiosidad por la vida de los otros.

### Apuntes para una psiquiatría narrativa

Desarrollaremos en este apartado ideas a partir de algunas semblanzas tributadas por escritores preocupados por la lectura y la escritura; la ambición es contribuir a un debate, que por el momento es imaginario, acerca del estado de la lectura en nuestro medio. Intentamos apuntar que la naturalidad con la que los relatos e historias están siendo reemplazados por "viñetas" (como agudamente señala Vaschetto) no puede presagiar nada bueno: la peor respuesta que podría recibir nuestro ensayo es la recepción silenciosa, sin ninguna duda preferimos el desacuerdo estridente<sup>16</sup> (5).

"... odio todo lo que no se relaciona con la literatura, las conversaciones me aburren (aun cuando se relacionan con la literatura), visitar a la gente me aburre, las alegrías y las penas de mis parientes me aburren en el alma. La conversación anula la importancia, la seriedad, la verdad de todo lo que pienso". Esto lo dice Franz Kafka, en su diario, un verdadero fanático (17). Para el mismo tipo de reflexiones se puede leer a Enrique Vila-Matas o a Roberto Bolaños, sobre todo en *El mal de Montano*, *Historia abreviada de la literatura portátil*, 2999 y *Los detectives salvajes* (18, 19); las novelas de ambos autores están plagadas de personajes que derivan a través de cientos de páginas en busca de escritores prófugos o poetas desaparecidos, para finalmente terminar encontrándose, en el mejor de los casos, con ellos mismos, habiendo aprendido aquello que escribe Franzen: "... la primera lección que enseña la lectura es a estar solo" (20).

Otro pensamiento: "... estaba nervioso: pensaba que debía encontrar algo así como una forma de hacer, me decía, por no decir estil... en su desesperación por pelearle espacio a la radio y a la televisión, los editores latinoamericanos suelen pensar medios gráficos para una rara especie que ellos mismos se inventaron: *el lector que no lee*. Es un problema: un lector se define por leer y un lector que no lee es un ente confuso. Sin embargo nuestros bravos editores no tremulan ante la aparente contra-

<sup>13</sup> Emilio Vaschetto aporta la siguiente visión: "... es totalmente cierto que ya no hay grandes relatos ni grandes casos; lo que se escucha de los residentes es el término 'viñeta' clínica, que es una palabra no sólo desagradable sino también peyorativa de la literatura".

<sup>14</sup> Michel Butor, citado por Han (16), no duda en afirmar que "... nos hallamos en una pausa espiritual. La causa es una crisis de comunicación. Los nuevos medios de comunicación son admirables pero producen un ruido enorme".

<sup>15</sup> Releyendo cuestiones acerca de la vida del Premio Nobel Thomas Mann es necesario poner en entredicho mi afirmación acerca de que no sería grave que el proctólogo careciera de interés o de habilidades narrativas, ya que Javier Marías nos relata que sus diarios están atiborrados de insistentes informes acerca de sus evoluciones estomacales y malestares gastrointestinales. Por otro lado, es bien sabido (como afirma sabiamente el mismo Marías) que "a excepción de Proust nadie como él explotó la asociación entre enfermedad y artísticidad" (13).

<sup>16</sup> Seguimos a Piglia cuando plantea que prefiere a los escritores que dividen al público, rechazando de plano a aquellos que le gustan a todo el mundo.

dicción: siguen adelante con sus páginas llenas de fotos, infografías, recuadros, dibujitos. Los carcome el miedo a la palabra escrita, a la lengua y creen que es mejor pelear contra la tele con las armas de la tele, en lugar de usar las únicas armas que un texto no comparte: la escritura...” (14), Martín Caparrós sobre el estado del arte de leer hoy.

Difícil no compartir esta analogía, podemos amplificarla con algunos datos que nos aporta Jonathan Franzen acerca de la realidad que se vive en su país: “... el ambicioso novelista joven no puede dejar de observar que en un reciente estudio publicado en *USA Today* sobre veinticuatro horas de la vida de la cultura norteamericana, había veintiuna referencias a la televisión, ocho a películas, siete a música popular, cuatro a radio y solo una a la narrativa (*Los puentes de Madison*). O que revistas como *The Saturday Review*, que en la época del apogeo de Joseph Heller reseñaba montones de novelas, ha desaparecido totalmente” (20). No hay duda de que les estamos haciendo un pedido especial a nuestros lectores, como es el de abrazar una fe y una práctica perdida, casi desterrada como es la de la lectura, para intentar alcanzar una salida a la soledad, la nuestra propia y la de nuestros pacientes; así como los poetas y novelistas están obligados a actuar como faros morales en tiempos de fanatismo religioso o político, los psiquiatras que leen (considerados como una especie en vías de extinción) están obligados a advertir al resto de los miembros de la comunidad a la que pertenecen acerca del riesgo de perder la capacidad que nos da la lectura (y la escritura) de mirar lo profundo que subyace por debajo de lo evidente.

Cada encuentro, cada espacio de lectura, cada momento de reflexión en referencia a nuestros pacientes debería ser considerado un “laboratorio narrativo” (5) donde ensayar modos de rescatar y revalorizar las historias; “... estar atentos a la condición subjetiva, narrar desde el mundo de los personajes, tener en cuenta el sentido dramático, intentar situar al lector en el centro de la historia...” (20). Juan Villoro, cronista y escritor mexicano, propone insistentemente en sus escritos ponerse en el lugar del otro como elemento clave para construir relatos emotivos, para acceder a las verdaderas motivaciones de los protagonistas, o de los pacientes, que a fin de cuentas sería casi lo mismo. Según él, acceder a las grandes historias contribuye en adquirir el tono del memorialista, la dramaturgia del autor teatral y la tensión del escritor de ficción (21); consideramos que desarrollar estas tres habilidades constituiría un hábito fundamental para los escritores y lectores de páginas clínicas, hoy día más enfocados en la información médica y menos en el rastreo existencial. La frase anteriormente citada viene al dedillo para ratificar aquí que la escritura de historias (clínicas) es un género híbrido (al igual que la psiquiatría), constituido por el ensamble de múltiples elementos que se disparan a partir del sufrimiento del paciente<sup>17</sup>.

“... me parece increíble que haya gente que lea poquísimo (o, en algunos casos nada) pero escriba y pretenda gustar a los demás. Sin embargo, sé que es cierto. Si tuviera un centavo por cada persona que quiere ser escritor pero que ‘no tiene tiempo de leer’ podría pagarme la comida en un restaurante bueno. ¿Me dejas que te sea franco? Si no tienes tiempo de leer es que tampoco tienes tiempo (ni herramientas) para escribir” (23). Así de sencillo lo plantea el gran Stephen King en *Mientras escribo*, considerado un verdadero manual clásico acerca de la formación del escritor; si bien el mismísimo maestro lo considera “un librito sobre la escritura”, rebosa de ideas y anécdotas absolutamente enriquecedoras para aquellos interesados en estas cuestiones, alejándonos a aquellos que escribimos de cualquier pretensión narcisista o sobrevalorada (“... no quería escribir algo, corto o largo, que me diera la sensación de ser un charlatán literario o un gilipollas trascendental. No, gracias; de esos libros (y escritores) hay ya bastantes en el mercado”).

Veamos, por ejemplo, la que sigue: “... te daré todos los ánimos que pueda porque es mi manera de ser y porque estoy enamorado de este oficio, y quiero que también te enamores tú. Ahora bien, si no tienes ganas de trabajar como una mula será inútil que intentes escribir bien. Confórmate con tu medianía y da gracias de tenerla por cojín. Si quieres ser escritor, lo primero es hacer dos cosas: leer mucho y escribir mucho. No conozco ninguna manera de saltárselas. No he visto ningún atajo.” (23).

El hecho de considerarse “un escritor de la plebe” hace que las sugerencias de King tengan una gran profundidad, pero una apariencia de consejos dados por un amigo (al igual que sus novelas y cuentos). A esta altura de nuestro recorrido, poner el eje en la pasión, un tema bastante soslayado por los textos psicológicos más convencionales, nos parece una parte central de todo el asunto. Existen algunas tareas que pueden ser llevadas adelante en forma automática o adocenada, la elaboración de historias claramente no es una de ellas; todas las ideas descriptas anteriormente pierden sentido y eficacia si no están atravesadas por el eje del apasionamiento. Si el maestro no es capaz de transmitir este rasgo a su discípulo, podemos conjeturar que el proceso de aprendizaje no arribará a un puerto de creatividad.

El último capítulo de *Mientras escribo* cuenta en detalle la historia del accidente que casi acaba con la vida de King. En él encontramos dos secuencias acerca de nuestro tema que son imposibles de soslayar para cualquiera en busca de claves para vivir (leyendo y escribiendo); la primera: “... escribir no me ha salvado la vida (me la salvaron la pericia del doctor Brown y los cuidados amorosos de mi mujer), pero tiene el mismo efecto de siempre: hacer de mi vida un lugar más luminoso y agradable”, y la segunda: “Escribir no es cuestión de ganar dinero, hacerse famoso, ligar mucho ni hacer amistades. En últi-

<sup>17</sup> El sufrimiento del paciente actúa, en el psiquiatra que escribe historias, como en la narradora María Moreno los personajes que tienen una marca (nadadores a los que les falta una pierna, tiradores ciegos, etc., etc.), son el motor de las construcciones narrativas; en Roberto Arlt, el sistema era otro: “... voy caminando por la ciudad y veo una cosa” y ahí empieza la crónica. Todo esto lo cuenta Piglia en una charla increíble con Villoro (22).

mo término, se trata de enriquecer las vidas de las personas que leen lo que haces, y al mismo tiempo enriquecer la tuya". Si traducimos lo anterior en clave de nuestra profesión surge de manera espontánea y evidente la analogía con la tarea de una cierta psiquiatría, la que lee, la que escribe y la que se empeña en no transigir el humanismo originario.

"... cada vez que trato de escribir sobre la vida de los otros y descubrir allí los dulces nudos de la emoción, el viento de la furia, los páramos de pena intento recordar quién soy. Recordar la terrible dificultad, la inevitable incompletud que se produce al decidir cuáles son las cosas –los detalles, los hechos, los recuerdos– que cuentan una vida. Es un buen ejercicio de modestia. Un gran antídoto contra la arbitrariedad" (10). Tal cual escribe Leila Guerriero, la tarea seria y profunda de confeccionar historias de pacientes nos coloca en nuestro lugar, nos permite adquirir una perspectiva justa del sentido de las cosas; las vivencias recapituladas nos permiten recalibrar nuestra propia historia a la luz de las historias de los otros entendiendo que perderse en los relatos es la única forma de ir un paso más allá en el recorrido de humildad que nos proponen los autores revisitados.

## Final posible

Llegando a uno de los finales posibles de nuestro recorrido comencemos con una cita de Martín Caparrós que vale la pena problematizar: "¿Por qué la televisión se arroga el derecho de enseñarles a sus consumidores a mirar y el internet a navegar y los teléfonos inteligentes a vivir conectados, y los periódicos no piensan en enseñar a sus lectores a leer? Si queremos tener la oportunidad de trabajar de otra manera, deberíamos proponerles otras formas de acercarse a lo escrito" (14). La aplicabilidad de esta apostilla en el universo psiquiátrico es instantánea, así como no abundan los discípulos tampoco es que haya sobreabundancia de maestros, espacios donde se aprenda a leer y a escribir, a escuchar una historia, a contarla, a reflexionar acerca de la verdad y la ficción no sobran, al menos no sobran aquellos que tengan una sistematización institucional.

La pregunta de por qué las cosas están así debe tener varias explicaciones. Aquí solamente ensayaremos algunas, y siempre condicionales; algo hemos ido planteando a lo largo de estas páginas, podemos agregar que no es fácil encontrar hoy "lectores puros"<sup>18</sup>, que serían aquellos para los cuales la lectura no es solo una práctica,

sino una forma de vida. No es que nosotros abogemos por psiquiatras semejantes a los personajes de Vila Matas (tampoco sería una mala idea), que estén "enfermos de literatura"<sup>19</sup>, pero entre estos extremos y la agrafia predominante en los tiempos que nos toca vivir es posible que exista un punto medio de compromiso con el mundo narrativo que cada uno debería explorar, con el objeto de llegar a un equilibrio, que siempre será personal.

La tarea con pacientes en su modo relato exige algo de ese compromiso, de esa dedicación, de esa renuncia, en tiempos de cultura digital que, como sabemos, es lo más ajeno que existe al universo narrativo, descansa en contar y calcular de manera casi permanente; la historia, al revés, es narración como muy bien nos ilustra el filósofo coreano Byung-Chul Han: "Lo digital absolutiza el número y el contar. También los amigos de Facebook son, ante todo, contados. La amistad, por el contrario, es una narración. La época digital totaliza lo aditivo, el contar y lo numerable. Incluso las inclinaciones se cuentan en forma de 'me gusta'. Lo narrativo pierde importancia considerablemente. Hoy todo se hace número para poder transformarlo en el lenguaje del rendimiento y de la eficiencia. Así, hoy deja de ser todo lo que no puede contarse numéricamente" (26).

Frente a este panorama, aquel interesado en narrar deberá saber que inevitablemente tendrá que remar contra la corriente, que no estará de moda sino que más bien sucederá todo lo contrario; *Don de Lillo*, citado por Jonathan Franzen, plantea que "... todo en la cultura conspira contra la novela, por eso necesitamos el escritor que se opone, el novelista que escribe contra el poder, contra las empresas, el estado o el aparato de asimilación completo" (20). Pensamos entonces una psiquiatría narrativa que se sitúe en los márgenes, que sea capaz de rebelarse contra la revolución digital teniendo en claro que, como sucedió en la Rusia comunista, la literatura puede sobrevivir aun en las condiciones más adversas<sup>20</sup>.

El mismo Franzen sostiene que por cada lector que muere hoy nace un espectador, registrándose el pasaje de una cultura basada en la letra impresa a otra que se funda en imágenes virtuales. Alberto Manguel relata en *Una historia de la lectura* (27) que los libros imponen a sus lectores un simbolismo mucho más complejo que el de un simple utensilio; sigue contando que en la Rusia del siglo XVIII, durante el reinado de Catalina la Grande, un tal Klostermann se enriqueció vendiendo largas hileras de encuadernaciones que solo contenían papel de deshecho en su interior, lo que permitía a los cortesanos crear

<sup>18</sup> Ricardo Piglia, en *El último lector*, escribe lo siguiente: "El lector adicto, el que no puede dejar de leer, y el lector insomne, el que está siempre despierto, son representaciones extremas de lo que significa leer un texto, personificaciones narrativas de la compleja presencia del lector en la literatura" (5).

<sup>19</sup> El protagonista de *El mal de Montano*..... Por otro lado, el mismo autor, en la inefable *Historia abreviada de la literatura portátil* (25) relata ciertos rasgos que eran considerados típicamente Shandys y que quizás también se hallen presentes (decimos nosotros) en los amantes de las historias clínicas: "... espíritu innovador, sexualidad extrema, ausencia de grandes propósitos, nomadismo infatigable, tensa convivencia con la figura del doble, simpatía por la negritud, cultivar el arte de la insolencia".

<sup>20</sup> Jonathan Franzen recuerda cuando en la antigua Rusia soviética y en los países de la órbita comunista había florecido un público que memorizaba de cabo a rabo la poesía de Osip Mandelstam y de Anna Ajmatova al tiempo que se imprimían y se difundían textos de manera clandestina. Esta tarea recuerda mucho a la llevada adelante desde hace varios años por algunos de los miembros del Capítulo de Historia y Epistemología de la Asociación de Psiquiatras Argentinos (APSA), capitaneados por Juan Carlos Stagnaro y Norberto Aldo Conti, empeñados en descubrir, difundir e instalar una serie de textos clásicos de la psiquiatría argentina y del mundo, romántica resistencia al totalitarismo biologicista que hace mucho intenta oscurecer el horizonte de nuestra especialidad.

la ilusión de una biblioteca y ganarse de esa manera el favor de su emperatriz, amante de los libros (28). Hubo un tiempo en los que jamás faltaba una biblioteca en el consultorio del psiquiatra o del terapeuta, pero hoy ha sido reemplazada por el ordenador, tal vez parte del prestigio que antaño brindaban los textos hoy lo brinde la tecnología, quizás el ascendiente intelectual que en otros tiempos aportaba la lectura ha dado paso al brillo tributado por las computadoras.

La pregunta acerca del lugar que ocupará el leer y el escribir en nuestra cultura, y por consiguiente en

nuestra especialidad, está lejos de poder ser respondida; esa no fue nuestra pretensión, sino simplemente esbozar algunas ideas y algunos caminos posibles. Matías Serra Bradford (28), en *La biblioteca ideal*, rememora el fragmento de una novela de Ivy Compton-Burnett: “—¿Pero ella no hace otra cosa que leer? Espero que no te enseñe a estar siempre con la nariz metida en los libros. Hay otras cosas en la vida. —No en todas las vidas —dijo Graham”. Sin duda en la vida de los psiquiatras hay mucho más que leer y escribir, aunque a veces no estemos tan seguros ■

## Referencias bibliográficas

- Roth P. El oficio: un escritor, sus colegas y sus obras. Barcelona: Seix Barral; 2003.
- Heinz J. Reportaje a Juan Forn. *La voz*, 16/07/2015.
- Stiletano M. La memoria, el presente y el futuro. En: Bogdanovich P. El último testigo. Buenos Aires: Ministerio de Cultura del Gobierno de la Ciudad de Buenos Aires; 2016.
- Conti N, Matusевич D. *Vertex*; Volumen XXIII - N°105, Septiembre/Octubre 2012.
- Piglia R. El último lector. Barcelona: Anagrama; 2005.
- Kleinman A. Rethinking Psychiatry. From cultural category to personal experience. New York: The Free Press; 1991.
- Mariás J. Literatura y fantasmas. Madrid: Alfaguara; 1993.
- Caparrós M. La crónica. Buenos Aires: Planeta; 2016.
- Huxley A. Si mi biblioteca ardiera esta noche. Barcelona: Edhasa; 2012.
- Guerriero L. Zona de obras. Buenos Aires: Anagrama; 2015.
- Triskier F, Matusевич L. El combo del horror, reportaje a Leila Guerriero. *Vertex* noviembre/diciembre 2006; XVII (70).
- Mainetti J, Mainetti J. Bioética narrativa. La Plata: Editorial Quirón; 2014.
- Mariás J. Vidas escritas. Edición ampliada. Madrid: Alfaguara; 2000.
- Caparrós M. El interior. Buenos Aires: Planeta/Seix Barral; 2006.
- Martínez G. La razón literaria. Ensayos y polémicas. Buenos Aires: Seix Barral; 2016.
- Byung-Chul Han. La sociedad de la transparencia. Buenos Aires: Herder; 2015.
- Kafka F. Diarios. Barcelona: Plaza y Janés; 2010.
- Vila Matas E. El mal de Montano. Barcelona: Anagrama; 2007.
- Bolaños R. *Los detectives salvajes*. Barcelona: Anagrama; 1998.
- Franzen J. Cómo estar solo. Buenos Aires; Seix Barral; 2004.
- Villoro J. De eso se trata. Ensayos literarios. Barcelona: Anagrama; 2006.
- Ruisánchez J, Zavala O. Materias dispuestas: Juan Villoro ante la crítica. Barcelona: Editorial Candaya; 2011.
- King S. Mientras escribo. Barcelona; Plaza y Janés; 2001.
- Caparrós M. El interior. Buenos Aires: Seix Barral; 2006.
- Vila Matas E. Historia abreviada de la literatura portátil. Barcelona: Anagrama; 2005.
- Byung-Chul Han. En el enjambre. Buenos Aires: Herder; 2015.
- Manguel A. Una historia de la lectura. Buenos Aires; Siglo XXI Editores Argentina; 2014.
- Serra Bradford M. La biblioteca ideal. Buenos Aires: La Bestia Equilátera; 2009.